

Estudios sobre las Culturas Contemporáneas

Universidad de Colima

pcultura@cgic.ucol.mx

ISSN (Versión impresa): 1405-2210

MÉXICO

1989

Pierre Bourdieu

EL ESPACIO SOCIAL Y LA GÉNESIS DE LAS "CLASES"

Estudios sobre las Culturas Contemporáneas, septiembre, año/vol. III, número 007

Universidad de Colima

Colima, México

pp. 27-55

EL ESPACIO SOCIAL y la génesis de las “clases”*

Pierre Bourdieu

La construcción de una teoría del espacio social presupone una serie de rupturas con la teoría marxista. Primero, ruptura con la tendencia a privilegiar las substancias — aquí los grupos reales cuyo número, límites, miembros, etc. se pretende definir — en detrimento de las relaciones y con la ilusión intelectualista que lleva a considerar la clase teórica construida por el sociólogo como grupo efectivamente movilizad. Segundo, ruptura con el economicismo que conduce a reducir el campo social, espacio multidimensional, al campo económico únicamente, a las relaciones de producción económica, constituidas de ese modo en coordenadas de la posición social. Finalmente, ruptura con el objetivismo que va de la mano con el intelectualismo, y que conduce a ignorar las luchas simbólicas que tienen lugar en los diferentes campos, y en donde se ponen en juego nada menos que la representación del mundo social y, en particular, la jerarquía en el seno de cada campo y entre los diferentes campos.

Es claro que podría minimizar fácilmente la diferencia con Marx extendiendo en mi dirección, por ejemplo, la noción de “posición en las relaciones de producción” a través de una de esas “lecturas” estructuralistas que hacen posible un Marx adaptado a los gustos modernos e incluso más marxistas que el propio Marx, y de este modo combinar las gratificaciones de pertenecer al círculo de los creyentes con los beneficios de la distinción herética. Pero estamos tan impreg-

*Una versión de este texto fue pronunciada en el marco de las “Vorlesungen zu den Ökonomie- und Sozialwissenschaften” en la U. de Frankfurt (febrero de 1984). Traducción de Eduardo Andión y Jorge A. González.

nados, sepámoslo o no, lo queramos o no, con los problemas que Marx nos ha legado, y con las falsas soluciones que les dió —clase-en-sí y clase-para-sí, clase obrera y proletariado, y así por el estilo— que uno no debe temer “doblar la vara en la dirección opuesta”.

El espacio social

Inicialmente, la sociología se presenta como una topología social. Se puede así representar el mundo social bajo la forma de un espacio (con muchas dimensiones) construido bajo la base de principios de diferenciación o de distribución constituidas por el conjunto de las propiedades activas dentro del universo social considerado, es decir, capaces de conferir a su detentador la fuerza, el poder en ese universo. Los agentes y los grupos de agentes son definidos de este modo por sus posiciones relativas en ese espacio. Cada uno de ellos está acantonado en una posición o una clase precisa de posiciones vecinas (por ejemplo, en una región determinada del espacio) y no se puede realmente —aun si puede hacerse en pensamiento— ocupar dos regiones opuestas del espacio. En la medida en que las propiedades seleccionadas para construir este espacio son propiedades activas, se le puede describir también como un campo de fuerzas; es decir, como un conjunto de relaciones de fuerza objetivas que se imponen a todos aquellos que entran al campo y que son irreductibles a las intenciones de los agentes individuales o incluso a las interacciones directas entre los agentes.¹

Las propiedades activas que han sido seleccionadas como principios de construcción del espacio social son las diferentes especies de poder o capital que tienen curso en los diferentes campos. El capital, que puede existir en estado objetivado —bajo la forma de propiedades materiales— o, en el caso del capital cultural, en estado incorporado, y que puede ser jurídicamente garantizado, representa un poder sobre el campo (en un momento dado) y más precisamente, sobre el producto acumulado del trabajo anterior (en particular sobre el conjunto de los instrumentos de producción) y por tanto de los mecanismos que aseguran tendencialmente la producción de una categoría particular de bienes, y gracias a ello a un conjunto de ingresos y beneficios. Las especies de capital, a la manera de los ases en el juego de cartas, son poderes que definen las probabilidades de beneficio en un campo dado (de hecho, a cada campo o sub-campo corresponde una especie

particular de capital, que tiene curso, como poder y como apuesta en ese campo). Por ejemplo, el volumen de capital cultural (lo mismo valdría *mutatis mutandis* para el capital y el campo económico) determina las probabilidades agregadas de beneficio en todos aquellos juegos donde el capital cultural es eficiente, contribuyendo así a determinar la posición en el espacio social (en la medida en la que este último está determinado por el éxito en el campo cultural).

La posición de un agente determinado en el espacio social puede ser definida por la posición que él ocupa en los diferentes campos, es decir, en la distribución de poderes actuantes en cada uno de ellos, sea principalmente el capital económico — bajo sus diferentes especies —, el capital cultural y el capital social, así como el capital simbólico, comúnmente denominado prestigio, reputación, renombre, etc., que es la forma percibida y reconocida como legítima de estas diferentes especies de capital. Se puede así construir un modelo simplificado de un campo social en su conjunto que permite pensar, para cada agente, su posición en todos los espacios de juego posibles (bajo el entendido que, si cada campo tiene su propia lógica y su propia jerarquía, la jerarquía que se establece entre las diferentes especies de capital y la ligazón estadística entre los diferentes haberes hacen que el campo económico tienda a imponer su estructura a los otros campos). Se puede describir el campo social como un espacio multidimensional de posiciones tal que toda posición actual puede ser definida en función de un sistema multidimensional de coordenadas cuyos valores corresponden a los valores de las diferentes variables pertinentes: donde los agentes se distribuyen así, en la primera dimensión, según el volumen global del capital que ellos poseen y, en la segunda, según la composición de su capital: es decir, según los pesos relativos de las diferentes especies en el conjunto de sus posesiones².

La forma que reviste, a cada momento, en cada campo social, el conjunto de distribuciones de las diferentes especies de capital (incorporado o materializado), como instrumentos de apropiación del producto objetivado de trabajo social acumulado, define el estado de relaciones de fuerza institucionalizadas dentro de los status sociales durables, socialmente reconocidos o jurídicamente garantizados, entre agentes objetivamente definidos por su posición en esas relaciones; ella determina los poderes actuales o potenciales dentro de los diferentes campos y las probabilidades de acceso a los beneficios específicos que ellos procuran³. El conocimiento de la posición ocupada en

este espacio encierra una información sobre las propiedades intrínsecas (su condición) y relacionales (su posición) de los agentes. Esto se ve claramente en el caso de los ocupantes de las posiciones intermedias que, agregado a los valores promedio o medianos de sus propiedades, deberán un cierto número de características más típicas al hecho de que están situados entre los dos polos del campo, en el punto neutro del espacio, y que se balancean entre las dos posiciones extremas.

Clases sobre el papel

Sobre la base del conocimiento del espacio de posiciones, se pueden separar clases en el sentido lógico del término, es decir, conjuntos de agentes ocupando posiciones similares que, situados en condiciones similares y sometidos a condicionamientos similares, tienen todas las probabilidades de tener disposiciones e intereses similares, luego de producir prácticas similares y parecidas tomas de posición. Esta "clase sobre el papel" tiene la existencia propia de las teorías: en tanto que producto de una clasificación explicativa, enteramente parecida a aquellas de los zoólogos y de los botánicos, permite explicar y prever las prácticas y propiedades de las cosas clasificadas; incluyendo sus prácticas de agrupamiento. No es realmente una clase, una clase actual, en el sentido de grupo, de grupo movilizado para la lucha; se podría en rigor decir que es una clase "probable", en tanto que es un conjunto de agentes que presentará menos obstáculos objetivos a los esfuerzos de movilización que cualquier otro conjunto de agentes.

Así, en contra del "relativismo nominalista" que anula las diferencias sociales reduciéndolas a puros artefactos teóricos, se debe entonces afirmar la existencia de un espacio objetivo determinante de compatibilidades e incompatibilidades, de proximidades y de distancias. Contra el "realismo de lo inteligible" (o la reificación de los conceptos), hace falta afirmar que las clases que uno puede seleccionar en el espacio social (por ejemplo, para las necesidades del análisis estadístico que es el único medio de manifestar la estructura del espacio social) no existen en tanto que grupos reales, aunque ellas expliquen la probabilidad de constituirse en grupos prácticos, familias (homogamia), clubes, asociaciones e incluso "movimientos" sindicales o políticos. Lo que existe, es un espacio de relaciones que es tan real como un espacio geográfico, dentro del cual los desplazamientos se

pagan en trabajo, en esfuerzos y, sobre todo, en tiempo (ir de abajo hacia arriba es elevarse, escalar y llevar las trazas o los estigmas de este esfuerzo). Ahí, las distancias se miden en tiempo (de ascensión o de reconversión, por ejemplo). Y la probabilidad de movilización en movimientos organizados, dotados de un aparato y de un portavoz, etc. (esto es lo que permite hablar de "clase"), es inversamente proporcional a la lejanía dentro de este espacio. Mientras que la probabilidad de reagrupar real o nominalmente — por la virtud del delegado — un conjunto de agentes es tanto más grande en tanto que están más próximos en el espacio social y pertenecen a una clase construida más restringida y, por tanto, más homogénea, el acercamiento de los más cercanos no es nunca necesario, fatal (por el hecho de que los efectos de la competencia inmediata pueden actuar como pantalla) y la alianza entre los más distantes no es nunca imposible.

Aunque se tienen más probabilidades de movilizar dentro de un mismo grupo real al conjunto de los obreros, que al conjunto de los patronos y los obreros, es posible en una crisis internacional, por ejemplo, provocar una alianza sobre la base de los nexos de identidad nacional (en parte porque por el hecho de su propia historia, cada uno de los espacios sociales nacionales tiene su propia estructura — por ejemplo en materia de diferencias o distancias jerárquicas dentro del campo económico).

Como el "ser", según Aristóteles, el mundo social puede ser nombrado y construido de diferentes maneras: se puede prácticamente percibir, nombrar, construir, según los diferentes principios de visión y de división — es decir, las divisiones étnicas. Los agrupamientos fundados en la estructura del espacio construido en términos de la distribución del capital tienen más probabilidad de ser estables y durables, por el contrario, otras formas de agrupamiento, estarán siempre amenazadas por las escisiones y las oposiciones ligadas a las distancias en el espacio social. Hablar de espacio social significa que no se puede agrupar cualquier cosa con otra cualquiera sino a costo de ignorar las diferencias fundamentales particularmente las económicas y culturales. Pero ello no excluye jamás por completo, que se puedan organizar los agentes según otros principios de división — étnicos o nacionales, por ejemplo — aunque hay que recordar que éstos están generalmente relacionados con principios fundamentales, con los grupos étnicos mismos, al menos groseramente jerarquizados en el espacio social, por ejemplo, en los Estados Unidos (por antigüedad en

la inmigración, excluyendo a los negros)⁴.

Esto marca una primera ruptura con la tradición marxista, que muy frecuentemente o bien identifica la clase construida con la clase real (en otras palabras, como Marx le reprochaba a Hegel que confundía las cosas de la lógica con la lógica de las cosas), o cuando hace la distinción entre la oposición de la "clase en sí", definida en términos del conjunto de condiciones objetivas y la "clase para sí", basada en factores subjetivos, ella describe el pasaje de la una a la otra como una verdadera promoción ontológica dentro de una lógica que es o totalmente determinista o totalmente voluntarista. En el primer caso, la transición aparece como una necesidad lógica, mecánica u orgánica (la transformación del proletariado de clase en sí a clase para sí, es presentada como un efecto inevitable del tiempo, de la "maduración de las condiciones objetivas"); dentro del otro caso, dicha transición es presentada como el efecto de la "toma de consciencia", concebida como "toma de conocimiento" de la teoría efectuada bajo la dirección iluminada del partido. En todo caso, nunca se dice nada sobre la misteriosa alquimia por la cual un "grupo en lucha", colectivo personalizado, agente histórico que se asigna a sí mismo sus propios fines, surge de las condiciones económicas objetivas.

Mediante una suerte de prestidigitación, se hacen desaparecer las cuestiones más esenciales. Por un lado, la cuestión misma de lo político, de la acción propia de los agentes que, en nombre de una definición teórica de la "clase", asignan a sus miembros los fines oficialmente más conformes a sus intereses "objetivos", es decir, teóricos y del trabajo por el cual llegan a producir, si no la clase movilizadora, sí la creencia en la existencia de la clase que funda la autoridad de sus portavoces. Por el otro lado, la cuestión de las relaciones entre las clasificaciones pretendidamente científicas producidas por el científico social, parecido en esto al zoólogo, y las clasificaciones que los agentes mismos no cesan de producir en su existencia ordinaria y a través de los cuales buscan modificar su posición dentro de las clasificaciones objetivas o cambiar los principios mismos por las que son producidas.

La percepción del mundo social y la lucha política

La teoría más resueltamente objetivista debe integrar la representación que los agentes se hacen del mundo social y, más precisa-

mente, la contribución que ellos aportan a la construcción de ese mundo, y, a través de esto, a la construcción misma de este mundo, por medio del trabajo de representación (en todos los sentidos de la palabra) que ellos no cesan de realizar para imponer su visión de mundo o la visión de su propia posición en este mundo, de su identidad social. La percepción del mundo social es el producto de una doble estructuración social: del lado "objetivo", está socialmente estructurada porque las propiedades atribuidas a los agentes o a las instituciones no se ofrecen a la percepción de manera independiente, sino en combinaciones que son desigualmente probables (y como los animales con plumas tienen más posibilidades de tener alas que los animales con pelo, así los poseedores de un gran capital cultural tienen más probabilidades de ser visitantes de un museo que aquéllos que carecen de él); del lado "subjetivo", está estructurada porque los esquemas de percepción y apreciación disponibles en el momento considerado, especialmente aquellos depositados en el lenguaje, son el producto de las luchas simbólicas anteriores y expresan el estado de relaciones de fuerza simbólicas, en una forma más o menos transformada. Los objetos del mundo social pueden ser percibidos de diferentes maneras porque, como los objetos en el mundo natural, comportan siempre una parte de indeterminación y vaguedad — debido al hecho, por ejemplo, de que incluso las más constantes combinaciones de propiedades están sólo fundadas en conexiones estadísticas entre rasgos intercambiables —; y también porque, como objetos históricos, están sujetos a variaciones en el tiempo, así que su significación, en la medida en que está suspendida en el futuro, se encuentra ella misma en suspenso, en espera, en prórroga y, por lo tanto, relativamente indeterminada.

Este elemento de juego, de incertidumbre, es lo que provee de base a la pluralidad de las visiones del mundo, ligada a su vez a la pluralidad de puntos de vista, y a todas las luchas simbólicas para producir e imponer la visión del mundo legítima y, más precisamente, a todas las estrategias cognitivas de "relleno" que producen el sentido de los objetos del mundo social yendo más allá de los atributos más directamente visibles por referencia al futuro o al pasado. Esta referencia puede ser implícita o tácita, en lo que Husserl llama la *propensión* y la *retención*, formas prácticas de *prospección* y de *retrospección* sin plantearse el futuro o el pasado como tales; o puede ser explícita, como en las luchas políticas, donde la historia, con la reconstrucción retrospectiva de un pasado ajustado a las necesidades del presente

("La Fayette, aquí estamos", como dijo un general norteamericano en 1917 al desembarcar en Europa), y sobre todo el futuro, con la previsión creadora, son sin cesar invocados, para determinar, delimitar, definir el sentido, siempre abierto del presente.

Señalar que la percepción del mundo social implica un acto de construcción, de ninguna manera implica que se acepte una teoría intelectualista del conocimiento: lo esencial de la experiencia del mundo social y del trabajo de construcción que requiere se opera en la práctica por debajo del nivel de la representación explícita y de la expresión verbal. Más cerca de un inconciente de clase que de una "conciencia de clase" en el sentido marxista, el sentido de la posición ocupada en el espacio social (lo que Goffman llama "the sense of one's place") es la matriz práctica de la estructura social en su conjunto que se revela a través del sentido de la posición ocupada en esa estructura.

Las categorías de percepción del mundo social son esencialmente el producto de la incorporación de las estructuras objetivas del espacio social. En consecuencia, ellas inclinan a los agentes a tomar el mundo social tal cual es, a aceptarlo como evidente, más bien que a rebelarse contra él, a oponerle diferentes posibles antagonistas: el sentido de la posición como sentido de lo que puede o lo que no puede "permitirse", implica una aceptación tácita de su posición, un sentido de los límites ("eso no es para nosotros") o lo que viene a ser lo mismo, un sentido de las distancias a marcar y a tener, a respetar o a hacer respetar. Y ello sin duda, tanto más fuertemente como las condiciones de existencia son más rigurosas y el principio de realidad más rigurosamente impuesto (de ahí el profundo realismo que caracteriza muy a menudo la visión del mundo de los dominados y que, funcionando como una suerte de instinto de conservación socialmente constituido, no puede parecer conservador más que por referencia a una representación exterior, por tanto normativa, del "interés objetivo" de aquellos que ayuda a vivir o a sobrevivir⁵).

Si las relaciones de fuerza objetivas tienden a reproducirse en las visiones del mundo social que contribuyen a la permanencia de esas relaciones, es entonces que los principios estructurantes de la visión del mundo toman su raíz en las estructuras objetivas del mundo social y que las relaciones de fuerza están también presentes en las conciencias bajo la forma de categorías de percepción de esas relaciones. Pero el grado de indeterminación y vaguedad que comportan los objetos del mundo social es, junto con el carácter práctico, prereflexivo e implícito

de los esquemas de percepción y apreciación que les son aplicados, es el punto arquimediano que se encuentra objetivamente ofrecido en la acción propiamente política.

El conocimiento del mundo social y más precisamente, las categorías que lo vuelven posible son el objetivo por excelencia de la lucha política, lucha inseparablemente teórica y práctica por el poder de conservar o de transformar el mundo social conservando o transformando las categorías de percepción de ese mundo. La capacidad de hacer existir en estado explícito, de publicar, de volver público, es decir objetivado, visible, decible y hasta oficial lo que, a falta de haber accedido a la existencia objetiva y colectiva, permaneció en el estado de la experiencia individual o serial (enfermedades del pueblo, ansiedad, inquietud, expectativas), representa un formidable poder social para hacer grupos haciendo de ello el *sentido común*, el consenso explícito de todo el grupo. De hecho, ese trabajo de categorización, es decir, de explicitación, de clasificación, se cumple sin cesar a cada momento de la existencia ordinaria en ocasión de las luchas que oponen a los agentes sobre los sentidos del mundo social y de su posición en ese mundo, de su identidad social a través de todas las formas del bien decir y del mal decir, de la bendición o de la maldición y de la maledicencia, elogios, felicitaciones, alabanzas, cumplidos o insultos, reproches, críticas, acusaciones, calumnias, etc. No es por azar que *Katagoresthai*, de donde vienen nuestras categorías y nuestros categoremas, significa acusar públicamente. Se comprende que una de las formas elementales de poder político haya consistido, en muchas sociedades arcaicas, en el poder quasi-mágico de *nombrar* y de hacer existir por virtud de la nominación. Es así como en la tradicional Kabília, la función de explicitación y el trabajo de producción simbólica que cumplen los poetas —particularmente en épocas de crisis, cuando el sentido del mundo se escapa— les confiere funciones políticas eminentes tales como jefe de guerra o embajador⁶.

Pero con los progresos de la diferenciación del mundo social y la constitución de los campos relativamente autónomos, el trabajo de producción y de imposición del sentido se cumple en y por las luchas dentro del campo de producción cultural (particularmente en el subcampo político); ello se vuelve el objetivo particular y el interés específico de los productores profesionales de las representaciones objetivadas del mundo social, o más precisamente, de métodos de objetivación. Si el modo de percepción legítimo es un objeto de lucha tan

importante, es en parte porque el pasaje de lo implícito a lo explícito no es de ninguna manera automático: la misma experiencia de lo social puede reconocerse en expresiones muy diferentes y, por otra parte, las diferencias objetivas más marcadas pueden encontrarse enmascaradas por diferencias más inmediatamente visibles (como las que separan por ejemplo las etnias). Si es verdad que existe en la objetividad de las configuraciones perceptivas, de las *Gestalten* sociales y que la proximidad de las condiciones, por lo tanto de las disposiciones, tiende a retraducirse en uniones y agrupamientos durables, unidades sociales inmediatamente perceptibles – tales como las regiones o los barrios socialmente distintos (con segregación espacial), o conjuntos de agentes dotados de propiedades visibles completamente parecidas, tales como las *Stände* de Weber –, tenemos que no hay diferencia socialmente conocida y reconocida más que por un sujeto capaz no solamente de percibir las diferencias, sino de reconocerlas como significantes, interesantes, es decir, por un sujeto provisto de la aptitud y de la inclinación a *hacer* las diferencias que son tenidas por significativas en el universo social considerado. Es de este modo, particularmente a través de las propiedades y sus distribuciones, que el mundo social logra objetivamente el estatuto de *sistema simbólico* que, a la manera de un sistema de fonemas, se organiza según la lógica de la diferencia, desviación diferencial, así constituida como *distinción* significante. El espacio social y las diferencias que emergen “espontáneamente” dentro de él, tienden a funcionar simbólicamente como un *espacio de estilos de vida* o como un conjunto de *Stände*, de grupos caracterizados por diferentes estilos de vida. La distinción no necesariamente implica su búsqueda, como a menudo se suele suponer siguiendo a Veblen y su teoría del *consumo conspicuo*.

Todo consumo y, más generalmente, toda práctica es “conspicua”, visible, sea o no hecha *a fin de ser vista*; es distintiva, sin importar si fué realizada o no con la intención de hacerse notar, de singularizarse *to make oneself conspicuous*, de distinguirse o de comportarse con distinción. Por ello, inevitablemente funciona como un *signo distintivo* y cuando se trata de una diferencia reconocida, legítima, aprobada, como *signo de distinción* (en todo el sentido de la frase). Sin embargo, como los agentes sociales son capaces de percibir como distinciones significantes las distinciones “espontáneas” que sus categorías de percepción les conducen a observar como pertinentes, los agentes sociales son también capaces de redoblar intencionalmente esas diferencias

espontáneas de estilo de vida por lo que Weber llama la "estilización de la vida" (*die Stilisierung des Lebens*). La búsqueda de la distinción —que puede marcarse en las maneras de hablar o en el rechazo del matrimonio desigual— produce separaciones destinadas a ser percibidas, o mejor conocidas y reconocidas como diferencias legítimas, que muy comúnmente significan diferencias de naturaleza ("distinción natural").

La distinción —en el sentido ordinario del término— es la diferencia inscrita en la estructura misma del espacio social cuando es percibida a través de categorías adaptadas a esa estructura; y el *Stand* weberiano, que es a menudo contrastado con la clase marxista, es la clase construida por un recorte adecuado del espacio social, cuando es percibida a través de categorías derivadas de la estructura de ese espacio. El capital simbólico, el otro nombre de la distinción, no es otra cosa que el capital, bajo cualquier especie que sea, cuando es percibido por un agente dotado de categorías de percepción emanadas de la incorporación de la estructura de su distribución, es decir, cuando es conocido y reconocido como evidente. Las distinciones, en tanto que transfiguraciones simbólicas de las diferencias de hecho, y más generalmente, los rangos, órdenes, grados o todas las otras jerarquías simbólicas, son el producto de la aplicación de esquemas de construcción que, como por ejemplo las parejas de adjetivos empleados para enunciar la mayor parte de los juicios sociales, son el producto de la incorporación de las estructuras a las cuales ellos se aplican, y el reconocimiento de la legitimidad más absoluta no es otra cosa que la aprehensión del mundo ordinario como auto-evidente que resulta de la coincidencia casi perfecta de las estructuras objetivas con las estructuras incorporadas.

Se sigue, entre otras consecuencias, que el capital simbólico va al capital simbólico y que la autonomía —real— del campo de producción simbólica no impide que permanezca dominado en su funcionamiento por las constricciones que dominan al campo social, y que las relaciones de fuerza objetivas tienden a reproducirse en las relaciones de fuerza simbólicas, en las visiones del mundo que contribuyen a asegurar la permanencia de esas relaciones de fuerza. En la lucha por la imposición de una visión legítima del mundo social, en donde la ciencia misma está inevitablemente involucrada, los agentes detentan un poder proporcionado a su capital simbólico, es decir, al reconocimiento que ellos reciben de un grupo. La autoridad que funda la

eficacia performativa del discurso sobre el mundo social, la fuerza simbólica de las visiones y de las previsiones tienden a imponer principios de visión y de división de ese mundo, es un *percipi*, un ser conocido y reconocido (*nobilis*), que permite imponer un *percipere*. Las más *visibles* en términos de las categorías de percepción prevalentes, son aquellas mejor colocadas para cambiar la visión, cambiando las categorías de percepción. Pero también, salvo excepciones, las menos inclinadas a hacerlo.

El orden simbólico y el poder de nombrar

En la lucha simbólica por la producción del sentido común o, más precisamente, por el monopolio de la *nominación* legítima como imposición oficial, es decir, explícita y pública de la visión del mundo social, los agentes ocupan el capital simbólico que han adquirido en las luchas anteriores y en particular todo el poder que poseen sobre las taxonomías instituidas, inscritas en las conciencias o en la objetividad, como es el caso de los títulos. Así, todas las estrategias simbólicas por las cuales los agentes tienden a imponer su visión de las divisiones del mundo social y de su posición en ese mundo, pueden situarse entre dos extremos: el insulto *idios logos* por el cual un simple particular intenta imponer su punto de vista tomando el riesgo de la reciprocidad, y la *nominación oficial*, acto de imposición simbólica que tiene para ella toda la fuerza de lo colectivo, del consenso, del sentido común, porque es operada por un mandatario del Estado, detentor del *monopolio de la violencia simbólica legítima*. Por un lado, el universo de las perspectivas particulares, de los agentes singulares que a partir de su punto de vista particular, de su posición particular, producen nominaciones — de ellos mismos y de los otros — particulares e interesadas (sobrenombres, apodos, insultos o, en el límite, acusaciones, calumnias, etc.) y también son más impotentes para hacerse reconocer, para ejercer un efecto propiamente simbólico, pues sus autores están menos *autorizados* a título personal (*auctoritas* o institucional (delegación) y al mismo tiempo más directamente interesados en hacer reconocer el punto de vista que se esfuerzan por imponer?

Por el otro, el punto de vista autorizado de un agente autorizado, a título personal, como un gran crítico, un prologador prestigioso, un autor consagrado ("Yo acuso") y, sobre todo, el punto de vista legítimo del vocero autorizado, del mandatario del Estado, el "geométral de

todas las perspectivas", según la expresión de Leibnitz, la nominación oficial o el *título* que como el título escolar, vale en todos los mercados y que en tanto que definición oficial de la identidad oficial, rescata a sus detentores de la lucha simbólica de todos contra todos, dando la perspectiva autorizada sobre los agentes sociales, reconocida por todos, universal. El Estado, que produce las clasificaciones oficiales, es de alguna manera el tribunal supremo al cual se refería Kafka en *El Proceso* cuando hace decir a Block, a propósito del abogado y de su pretensión de colocarse entre los "grandes abogados": "No importa quien pueda naturalmente calificarse de 'grande' si le place, pero en la práctica, son las costumbres del tribunal quienes deciden"⁸. El hecho es que el análisis científico no tiene que elegir entre el perspectivismo y lo que hay que bien llamar el absolutismo: en efecto la verdad del mundo social es el objeto de una lucha entre agentes muy desigualmente armados para acceder a la visión y a la previsión absolutas, es decir, autoverificantes.

Se podría analizar en esta perspectiva el funcionamiento de una institución como el Instituto Nacional de Estadística y Estudios Económicos, instituto del Estado que produciendo las taxonomías oficiales, inviste de una autoridad casi jurídica, particularmente en las relaciones entre los empleados y los empleadores, el del *título* capaz de conferir derechos independientes de la actividad productiva efectivamente ejercida, tiende a fijar las jerarquías y al hacerlo, a sancionar y a consagrar una relación de fuerza entre los agentes a propósito de los nombres de profesión y de oficio, componente esencial de la identidad social⁹. La gestión de los nombres es uno de los instrumentos de la gestión de la escasez material y los nombres de los grupos, principalmente de grupos profesionales, registrando un estado de las luchas y negociaciones a propósito de las designaciones oficiales y de las ventajas materiales y simbólicas que le son asociadas. El nombre de la profesión que tienen los agentes, el título que se les da, es una de las retribuciones positivas o negativas (de la misma manera que el salario) en tanto que marca distintiva (emblema o estigma) que recibe el valor de su posición en un sistema de títulos organizado jerárquicamente y que contribuye por ello a la determinación de las posiciones relativas entre los agentes y los grupos. En consecuencia, los agentes tienen recursos en las estrategias prácticas o simbólicas que tienden a maximizar la ganancia simbólica de la nominación: por ejemplo, pueden renunciar a las gratificaciones económicas aseguradas por una

posición para ocupar otra menos retribuida, pero a la que se le atribuye un nombre más prestigioso, o también orientarse hacia posiciones cuya designación es menos precisa, escapando así a los efectos de la devaluación simbólica; también, en la enunciación de su identidad personal, pueden darse a sí mismos un nombre que los englobe en una clase muy vasta para incluir agentes que ocupan una posición superior a la suya, por ejemplo en Francia, un profesor de primaria, un *instituteur*, puede referirse a sí mismo como un *enseignant*, y con ello implica que podría ser un maestro de escuela media superior o un profesor universitario. Más generalmente, tienen la opción entre varios nombres y pueden jugar con incertidumbres y vaguedades ligadas a la pluralidad de perspectivas, con el fin de intentar escapar al veredicto de la taxinomia oficial.

Pero la lógica de la nominación oficial es más claramente visible en el caso de los derechos de propiedad simbólica que en Francia son llamados *títulos* – títulos de nobleza, calificaciones educacionales, títulos profesionales. Los títulos son capital simbólico social y legalmente reconocidos. El noble no es solamente el que es conocido (*nobilis*), notable, bien visto, reconocido, él es alguien reconocido por una tribuna oficial, "universal", es decir, conocido y reconocido por todos. El título profesional o escolar es un tipo de regla jurídica de percepción social, un "ser percibido" garantizado por un derecho. Es un capital simbólico institucionalizado legal (y no solamente legítimo). Crecientemente inseparable al título escolar, por el hecho de que el sistema escolar tiende a representar la garantía última y única de todos los títulos profesionales, tiene en sí mismo un valor y aunque sea un "nombre común", funciona como un "gran nombre" (el nombre de la gran familia o un nombre propio) asegura todo tipo de ganancias simbólicas (y de bienes que no se pueden adquirir directamente con dinero)¹⁰. Es la escasez simbólica del título en el espacio de los nombres de profesión lo que tiende a ordenar la retribución de la profesión (y no la relación entre la oferta y la demanda de una cierta forma de trabajo): de ello se deriva que la retribución del título tiende a autonomizarse con relación a la retribución del trabajo. Así, el mismo trabajo puede recibir remuneraciones diferentes según los títulos de la persona que lo hace (titular interino, titular en funciones, etc.) el título, es en sí mismo una institución (como la lengua) más durable que las características intrínsecas del trabajo, la recompensa del título puede mantenerse a pesar de las transformaciones del trabajo y de su

valor relativo; no es el valor del trabajo lo que determina el valor del nombre, sino que el valor institucionalizado del título sirve de instrumento de defensa y mantenimiento del valor del trabajo¹¹.

Esto significa que no se puede hacer una ciencia de las clasificaciones sin hacer una ciencia de la lucha de las clasificaciones y sin tomar en cuenta la posición que ocupan en esa lucha por el poder *de* conocimiento, por el poder *por* el conocimiento, por el monopolio de la violencia legítima, cada uno de los agentes o grupos de agentes que se encuentran involucrados, aun tratándose de simples particulares, expuestos a las vicisitudes de la lucha simbólica cotidiana, o de los profesionales autorizados (y a tiempo completo) entre los cuales están todos los que hablan o escriben a propósito de las clases sociales y que se distinguen según que sus clasificaciones impliquen más o menos al Estado, detentor del monopolio de la *nominación oficial*, de la buena clasificación, del buen orden. Si la estructura del campo social está determinada en cada momento por la estructura de la distribución del capital y de las ganancias características de los diferentes campos particulares, en cada una de las arenas, la definición misma de los objetos de lucha puede ser puesta en juego. Todo campo es el lugar de una lucha más o menos declarada por la definición de los principios legítimos de división del campo. La cuestión de la legitimidad surge de la posibilidad misma del cuestionamiento de esta ruptura con la *doxa* que acepta el orden común como evidente. Pero la fuerza simbólica de las partes involucradas en la lucha no es nunca completamente independiente de su posición en el juego, aun si el poder propiamente simbólico de nominación constituye una fuerza relativamente autónoma en comparación a otras formas de fuerza social. Las constricciones de la necesidad inscrita en la estructura misma de los diferentes campos pesa también sobre las luchas simbólicas que intentan conservar o transformar esa estructura: el mundo social es, en su mayor parte, algo que los agentes hacen a cada instante; pero no hay oportunidad de deshacerlo o rehacerlo más que sobre la base de un conocimiento realista de lo que es y de lo que pueden hacer sobre él en función de la posición que ocupan.

En breve, el trabajo científico apunta a establecer un conocimiento adecuado del espacio de las relaciones objetivas entre las diferentes posiciones constitutivas del campo y de las relaciones necesarias que se establecen, por la mediación del *habitus* de sus ocupantes, entre esas posiciones y las tomas de posición correspondientes, es

decir, las *regiones* del espacio construido por las posiciones, permiten comprender el principio y la eficacia de las estrategias clasificatorias por las cuales los agentes intentan conservar o modificar ese espacio, en cuyo primer rango hay que tomar en cuenta la constitución de grupos organizados con el fin de asegurar la defensa de los intereses de sus miembros.

El análisis de la lucha de las clasificaciones ilumina la ambición política que obsesiona la ambición gnoseológica por producir la buena clasificación; ambición que define el *rex*, en quien recae, según Emile Benveniste, *regere fines* y *regere sacra*, de marcar por el decir, las fronteras entre los grupos y también entre lo sagrado y lo profano, el bien y el mal, lo vulgar y lo distinguido. Con riesgo de hacer de la ciencia social una forma de perseguir la política por otros medios, el científico debe tomar por objeto la intención de clasificar a otros y su decir por ello lo que son y lo que tienen que ser (ésta es la ambigüedad de la previsión); debe analizar para repudiar, la ambición de la visión del mundo creadora, esa suerte de *initius originarius* que haría existir las cosas conforme a su visión (ésta es la ambigüedad de la clase marxista, inseparablemente ser y deber ser). Debe objetivar la ambición por objetivar, clasificar desde afuera, objetivamente, a los agentes que luchan por clasificar y clasificarse. Si clasifica, por las necesidades del análisis estadístico operando recortes en el espacio continuo de las posiciones sociales, es precisamente para estar en condición de objetivar *todas* las formas de objetivación, desde el insulto individual, hasta la nominación oficial, sin olvidar la pretensión característica de la ciencia, en su definición positivista y burocrática, por arbitrar esas luchas en nombre de la "neutralidad axiológica".

El poder simbólico de los agentes, como poder de hacer ver — *theorein* — y de hacer creer, de producir y de imponer la clasificación legítima o legal, depende, en efecto, como lo señala el caso del *rex*, de la posición ocupada en ese espacio (y en las clasificaciones que se encuentran potencialmente inscritas en él).

Pero objetivar la objetivación, es en principio, objetivar el campo de producción de las representaciones objetivadas del mundo social y, en particular, de las taxinomias legales, en pocas palabras, objetivar el campo de producción cultural e ideológica, juego en el cual el mismo sociólogo está inmerso, como todos aquellos que debaten sobre las clases sociales.

El campo político y los efectos de las homologías

Es a ese campo de luchas simbólicas — en que los profesionales de la representación, en todos los sentidos del término, se oponen respecto de otro campo de luchas simbólicas — que hay que remitirse si se quiere comprender, sin recurrir a la mitología de la toma de conciencia, el tránsito del sentido práctico de la posición ocupada, en *sí mismo disponible por diferentes explicitaciones*, a manifestaciones propiamente políticas. Aquéllos que ocupan las posiciones dominadas en el espacio social están también situados en posiciones dominadas en el campo de la producción simbólica y no se ve de dónde podrían sacar los instrumentos de producción simbólica necesarios para expresar su punto de vista propio sobre lo social, si la lógica propia del campo de producción cultural y los intereses específicos que se engendran en él, tienen el efecto de inclinar a una fracción de profesionales involucrados en este campo a ofrecer a los dominados, sobre la base de una homología de posición, los instrumentos de ruptura con las representaciones que se engendran en la complicidad inmediata de las estructuras sociales y las estructuras mentales y que tienden a asegurar la reproducción continua de la distribución del capital simbólico.

El fenómeno que la tradición marxista ha designado como el de “la conciencia desde el exterior”, es decir, la contribución que algunos intelectuales aportan a la producción y a la difusión, principalmente en dirección a los dominados, de una visión del mundo social en ruptura con la visión dominante, no se puede comprender sociológicamente más que si se toma en cuenta la homología entre la posición dominada que es la que guardan los productores de bienes culturales en el campo del poder (o en la división del trabajo de dominación), y la posición en el espacio social de los agentes más completamente desposeídos de los medios de producción económicos y culturales. Pero la construcción del modelo del espacio social que sostiene este análisis supone una ruptura tajante con la representación unidimensional y unilineal del mundo social que implica la visión dualista según la cual el universo de oposiciones constitutivas de la estructura social se reduciría a la oposición entre los propietarios de los medios de producción y los vendedores de fuerza de trabajo.

Las insuficiencias de la teoría marxista de las clases y principalmente su incapacidad de dar cuenta del conjunto de las diferencias objetivamente constatadas, resultan del hecho de que al reducir el

mundo social sólo al campo económico, se condena a definir la posición social por referencia a la sola posición en las relaciones de producción económica y que ignora al mismo tiempo las posiciones ocupadas en los diferentes campos y sub-campos, principalmente en las relaciones de producción cultural, así como todas las posiciones que estructuran el campo social y que son irreductibles a la oposición entre propietarios de los medios de producción económica; dicha tradición elabora así un mundo social unidimensional, simplemente organizado alrededor de dos bloques (uno de los problemas mayores se volvió la del *limite* entre los dos bloques, con todas las cuestiones anexas, eternamente debatidas: la aristocracia obrera, el "aburguesamiento" de la clase obrera, etc.). En realidad, el espacio social es un espacio multidimensional, un conjunto abierto de campos que son relativamente autónomos, es decir, más o menos directa y fuertemente subordinados, en su funcionamiento y en sus transformaciones, al campo de producción económica. Al interior de cada uno de esos sub-espacios, los ocupantes de las posiciones dominantes y los ocupantes de las posiciones dominadas están sin cesar ocupados en luchas de diferentes formas (sin necesariamente constituirse en grupos antagonistas).

Pero lo más importante — desde el punto de vista del problema de la ruptura del círculo de la reproducción simbólica — es el hecho que, sobre la base de las homologías de posición al interior de campos diferentes (y de lo que hay de invariante, universal, en las relaciones entre dominantes y dominados) se pueden instaurar *alianzas* más o menos durables y siempre fundadas sobre un malentendido más o menos conciente. La homología de posición entre intelectuales y obreros industriales — los primeros ocupan en el seno del campo del poder, es decir, en relación a los patrones de la industria y del comercio, posiciones que son homólogas de las que ocupan los obreros de la industria en el espacio social tomado en su conjunto — está al principio de una alianza ambigua en la cual los productores culturales, dominados entre los dominantes, ofrecen a los dominados, al precio de una suerte de desviación del capital cultural acumulado, los medios de constituir objetivamente su visión del mundo y la representación de sus intereses en una teoría explícita y en instrumentos de representación institucionalizados — organizaciones sindicales, partidos, tecnologías sociales de movilización y de manifestación, etcétera.¹²

Pero debemos cuidar de no tratar la homología de la posición,

un parecido dentro de la diferencia, como una identidad de condición (como hizo en Francia la ideología de las "tres Pes" — Patrón, Padre, Profesor — desarrollada por el movimiento de ultra-izquierda desde 1968). Sin duda, la misma estructura — entendida como invariante de las formas de las diferentes distribuciones — reaparece en los diferentes campos, lo que explica la fecundidad del pensamiento analógico en sociología; pero el principio de diferenciación es diferente cada vez, como las apuestas y la naturaleza del interés y, por lo tanto, la *economía* de las prácticas.

Importa en efecto establecer una justa jerarquización de los principios de jerarquización, es decir, de las especies de capital. El conocimiento de la jerarquía de los principios de división permite definir los límites en los cuales operan los principios subordinados y al mismo tiempo los límites de las similitudes ligadas a la homología. Las relaciones de los otros campos con el campo de producción económica son a la vez relaciones de homología estructural y relaciones de dependencia causal: la forma de las determinaciones causales está definida por las relaciones estructurales y la fuerza de la dominación es más grande cuando las relaciones en las cuales ella se ejerce están más cerca de las relaciones de producción económica.

Habría que analizar los intereses específicos que los mandatarios deben a su posición en el campo político y en el sub-campo del partido o del sindicato, y mostrar todos los efectos "teóricos" que determinan. Muchas discusiones científicas alrededor de las "clases sociales" — pienso por ejemplo en el problema de la "aristocracia obrera" o de los "cuadros empresariales" — no hacen más que retomar las interrogaciones prácticas que se imponen a los responsables políticos: siempre enfrentados a los imperativos prácticos (a menudo contradictorios) que nacen de la lógica de la lucha en el seno del campo político, como la necesidad de probar su representatividad, o el cuidado de movilizar el mayor número posible de votos o de mandatos afirmando la irreducibilidad de su proyecto al de los otros mandatarios y así condenados a colocar el problema del mundo social en la lógica típicamente sustancialista de las fronteras entre los grupos y del volumen del grupo movilizado. Pueden intentar resolver el problema que se plantea a todo grupo social de conocer y de hacer reconocer su fuerza, es decir su existencia, recurriendo a conceptos de geometría variable como los de "clase obrera", "pueblo" o "trabajadores". Pero se verá sobre todo que el efecto de los intereses específicos asociados a la posición que ocupan

en el campo y en la concurrencia por la imposición de visiones del mundo social inclina a los teóricos y a los voceros profesionales, es decir a todos aquellos que el lenguaje común denomina *permanentes*, a producir productos diferenciados, distintivos, que por el hecho de la homología entre el campo de los productores profesionales y el campo de los consumidores de opiniones, están casi automáticamente compatibles a las diferentes formas de demanda, que se constituye, en ese caso más que nunca, como una demanda de diferencia, de oposición que ellos contribuyen a producir permitiéndole encontrar una expresión. Es la estructura del campo político, es decir, la relación objetiva con los ocupantes de otras posiciones y la relación con las tomas de posición concurrentes que proponen, que, al igual que la relación directa con los mandantes, determina las tomas de posición, es decir, la oferta de productos políticos. Por el hecho de que los intereses directamente ocupados en la lucha por el monopolio de la expresión legítima de la verdad del mundo social tienden a ser el equivalente específico de los intereses de los ocupantes de las posiciones homólogas en el campo social, los discursos políticos se hallan afectados por una suerte de duplicidad estructural: en apariencia destinados a los mandantes, pero en realidad dirigidos hacia los competidores en el campo.

Las tomas de posición políticas en un momento dado del tiempo (por ejemplo, los resultados electorales) son así el producto de un reencuentro entre una oferta política de opiniones políticas objetivadas (programas, plataformas de partidos, declaraciones, etc.) que está ligado a toda la historia anterior del campo de producción, y una demanda política, también ligada a la historia de las relaciones entre la oferta y la demanda. La correlación que se puede constatar en un momento dado entre las tomas de posición sobre tal o cual problema político y las posiciones en el espacio social no pueden comprenderse completamente a menos que sea visto que las clasificaciones elaboradas por los votantes para hacer su elección (derecha-izquierda, por ejemplo) son el producto de todas las luchas anteriores, y lo mismo vale para las clasificaciones operadas por el analista para clasificar, no solamente las opiniones, sino a los agentes que las expresan. Toda la historia del campo social está presente a cada momento bajo una forma materializada — en las instituciones tales como la maquinaria permanente de los partidos y sindicatos — y bajo una forma incorporada — en las disposiciones de los agentes que hacen funcionar esas instituciones

o que les combaten (con los efectos de histéresis ligados a las fidelidades).

Todas las formas reconocidas de identidad colectiva – “la clase obrera” o la CGT (Central General de Trabajadores), los “artesanos independientes”, los “ejecutivos” o los “profesores asociados”, etc. – son el producto de una larga y lenta elaboración colectiva. Sin ser completamente artificial (si así fuera la empresa de constitución no hubiera sido exitosa), cada uno de esos cuerpos de representación que hacen existir cuerpos representados dotados de una identidad social conocida y reconocida, existe todo un conjunto de instituciones que son también invenciones históricas – un “logo” (*sigle* en francés), *sigillum authenticum*, como dicen los canonistas, un sello, un matasellos de hule, una oficina y un secretariado dotado del monopolio de la signatura y de la *plena potentia agendi et loquendi*, etc. Producto de las luchas que se han desarrollado, en el seno del campo político y también afuera, a propósito principalmente del poder sobre el Estado, la representación de las identidades debe sus características específicas a la historia particular de un campo político y de un Estado particulares (lo que explica, entre otras cosas, las diferencias que separan las representaciones de las divisiones sociales, por lo tanto de los grupos representados de acuerdo a cada país). Para evitar dejarse sorprender por los efectos del trabajo de *naturalización* que todo grupo tiende a producir para legitimarse, para justificar plenamente su existencia, hay entonces que reconstruir en cada caso el *trabajo histórico* cuyas divisiones sociales y la visión social de esas divisiones son el producto. La posición social adecuadamente definida es lo que da la mejor previsión de las prácticas y de las representaciones; pero para evitar conferir a lo que antes se llamaba *el estado*, a la identidad social (hoy en día cada vez más completamente identificada con la identidad profesional) el lugar del ser en la antigua metafísica, es decir la función de una esencia de donde se derivan todos los aspectos de la existencia histórica – según la fórmula *operatio sequitur esse* –, hay que señalar claramente que *ese status*, como el *habitus* que se engendra, son el producto de la historia, susceptibles de ser transformados más o menos difícilmente por la historia.

La clase como representación y como voluntad

Pero para establecer cómo se constituye y se instituye el poder

de constitución y de institución que detenta el portavoz autorizado — el jefe del partido o del sindicato, por ejemplo —, no basta con dar cuenta de los intereses específicos de los teóricos o de los portavoces y de las afinidades estructurales que los unen con sus mandantes. Hay que analizar una vez más la lógica del proceso de institución, ordinariamente percibido y descrito como procesos de delegación, en el cual el mandatario recibe del grupo el poder de hacer el grupo. Se puede seguir aquí, trasponiendo sus análisis, a los historiadores del derecho (Kantorowicz, Post, etc.) cuando describen el misterio del ministerio — según el juego que gusta tanto a los canonistas sobre las palabras *mysterium et ministerium*. El misterio del proceso de transubstanciación que hace que el portavoz se vuelva el grupo que él expresa, no puede ser develado más que por un análisis histórico de la génesis y del funcionamiento de la *representación*, por la cual el representante hace el grupo que representa. El portavoz dotado del pleno poder de hablar y de actuar en nombre del grupo y sobre el grupo por la magia de la palabra de orden, es el sustituto del grupo que existe solamente por esta procuración. Personificación de una persona ficticia, de una ficción social, arranca a aquéllos que pretende representar del estado de individuos separados, permitiéndoles actuar y hablar, a través de él, como un solo hombre. En contrapartida, él recibe el derecho de tomarse a sí mismo como el grupo, de hablar y actuar como si él fuera el grupo hecho hombre: "*Status est magistratus*", "*El Estado soy yo*", "*El sindicato piensa que...*", etcétera.

El misterio del ministerio es uno de esos casos de magia social en el cual una cosa o una persona se convierte en algo diferente de lo que es, tal que un hombre (un ministro de gobierno, un obispo, un delegado, un miembro del parlamento, un secretario general, etc.) puede identificarse y ser identificado con un conjunto de hombres: el Pueblo, los Trabajadores, etc., o con una entidad social: la Nación, el Estado, la Iglesia, el Partido. El misterio del ministerio culmina cuando un grupo sólo puede existir a través de la delegación a un portavoz, quien lo hará existir y hablará por él, es decir, en su favor y en su lugar. El círculo es entonces perfecto: el grupo está hecho por el hombre que habla en su nombre, quien entonces aparece como la fuente del poder que él ejerce sobre aquellos que son su fuente verdadera. Esta relación circular es la raíz de la ilusión carismática que hace que, en el límite, el vocero pueda aparecer y aparecerse como *causa sui*. La alienación política comienza por el hecho de que agentes aislados — y más aún

por ser los más disminuidos simbólicamente — no pueden constituirse como grupo, es decir, en tanto que fuerza capaz de hacerse escuchar en el campo político, mas que desposeyéndose en provecho de un aparato; en otras palabras, hay que arriesgarse siempre a una desposesión política para escapar a una desposesión política. El fetichismo es, según Marx, lo que llega cuando "los productos de la cabeza del hombre aparecen como dotados de una vida propia"; el fetichismo político se encuentra precisamente en el hecho de que el valor del personaje hipostasiado, un producto de la cabeza del hombre, aparece como carisma, misteriosa propiedad objetiva de la persona, encanto impalpable, misterio innominable. El ministro, ministro de culto o ministro del Estado, está en una relación de metonimia con el grupo: parte del grupo, funciona como signo en lugar de la totalidad del grupo. Es él quien, en tanto que sustituto completamente real de un ser completamente simbólico induce un "error de categoría", como diría Ryle, bastante parecido a la del niño que después de haber visto a los soldados desfilando componiendo un regimiento, pregunta dónde está el regimiento. Por su sola existencia visible, constituye la pura diversidad corporativa de los individuos separados en persona moral, la *collectio personarum plurium corporatio*, en cuerpo constituido y puede aún, por el efecto de la movilización y de la manifestación, hacerla aparecer como un agente social.

La política es el sitio por excelencia de la eficacia simbólica, acción que se ejerce por signos capaces de producir cosas sociales y principalmente grupos. A través del más antiguo de los efectos metafísicos ligados a la existencia de un simbolismo, el que permite dar por existente todo lo que puede ser *significado* (Dios o el no-ser), la representación política produce y reproduce a cada instante una forma derivada del argumento del rey de Francia, tan apreciado por los lógicos: toda proposición que tome a la "clase obrera" como sujeto, disimula una proposición existencial *hay* una clase obrera. Más generalmente, todas las concepciones que tienen como sujeto una entidad colectiva — pueblo, clase, universidad, escuela, estado, etc. — presuponen la existencia del grupo en cuestión y ocultan esta clase de falsedad metafísica que fue denunciada en el argumento ontológico. El vocero, es aquel que, hablando de un grupo, plantea, subrepticamente, la existencia del grupo en cuestión, instituye ese grupo, por la operación de magia que es inherente a todo acto de nominación. Es por eso que hay que proceder a una crítica de la razón política,

intrínsecamente inclinada a abusos del lenguaje que son abusos de poder, si se quiere plantear la cuestión por la cual toda sociología debería comenzar: la de la existencia y el modo de existencia de los colectivos.

La clase existe solamente en la medida en que los mandatarios dotados de *plena potentia agendi* puedan ser y sentirse autorizados para hablar en su nombre — según la ecuación, “el partido es la clase obrera” o “la clase obrera es el partido”, fórmula que reproduce la ecuación de los canonistas: “la Iglesia es el Papa (o los Obispos)”, “el Papa es (o los Obispos son) la Iglesia” — y la hace existir así como una fuerza real en el seno del campo político. El modo de existencia de lo que actualmente se llama en muchas sociedades (desde luego con variantes) “clase obrera”, es completamente paradójico: se trata de una clase de *existencia en pensamiento*, en el pensamiento de una buena parte de aquéllos a quienes las taxinomias designan como obreros, pero también en el pensamiento de los ocupantes de las posiciones más alejadas de estos últimos en el espacio social; esta existencia casi universalmente reconocida reposa también sobre la existencia de una *clase obrera en representación*, es decir, de aparatos políticos y sindicales y de voceros permanentes, vitalmente interesados en creer que existe y en hacerle creer tanto a los que se identifican como a los que se excluyen de ella, y capaces de *hacer hablar* a la “clase obrera” en una sola voz, evocarla como se evoca a los espíritus, de invocarla como se invoca a los dioses o a los santos patronos, incluso de manifestarla simbólicamente a través de la *manifestación*, suerte de desplazamiento teatral de la clase en representación, con, por un lado, el cuerpo de los representantes permanentes y toda la simbólica constitutiva de su existencia (siglas, emblemas, insignias), y por otra parte, la fracción más convencida de los creyentes que por su presencia, permiten a los representantes dar la representación de su representatividad. Esta clase obrera como “voluntad y representación” (según el famoso título de Schopenhauer) no tiene nada de la clase en acto, grupo real realmente movilizado, que evoca la tradición marxista. Pero no es menos real, con la realidad mágica que (como Durkheim y Mauss sostienen) define las instituciones como ficciones sociales. Verdadero cuerpo místico, creado al precio de un inmenso trabajo histórico de invención teórica y práctica, comenzando por el del mismo Marx, y sin cesar recreado al precio de esfuerzos y devociones innumerables y siempre recomenzadas que son necesarias para producir y reproducir

la creencia y la institución encargada de asegurar la reproducción de la creencia, ella existe en y por el cuerpo de los mandatarios que le dan una palabra y una presencia visibles y en la creencia de su existencia que ese cuerpo de plenipotenciarios llega a imponer, por su sola existencia y por sus representaciones, sobre la base de las afinidades uniendo objetivamente a los miembros de la misma "clase sobre el papel" como grupo probable¹³.

El éxito histórico de la teoría marxista, la primera de las teorías sociales con pretensión científica que también se haya completamente realizado en el mundo social, contribuye así a que la teoría del mundo social menos capaz de integrar el *efecto de teoría* — que ella más que ninguna ha ejercido — representa sin duda hoy en día el más poderoso obstáculo al progreso de la teoría adecuada del mundo social al cual ella, en otros tiempos, más que ninguna otra ha contribuido.



Notas y referencias bibliográficas

1. Se puede imaginar que se ha roto con el substancialismo e introducido un modo relacional de pensar cuando se estudian las interacciones y los intercambios reales. (De hecho las solidaridades como las rivalidades prácticas, ligadas al contacto directo y a la interacción – vecindaje – pueden ser un *obstáculo* para la construcción de solidaridades fundadas sobre el vecindaje en el espacio teórico).
2. La encuesta estadística no puede aprehender esta relación de fuerzas bajo la forma de *propiedades*, a veces jurídicamente garantizadas a través de los *títulos* de propiedad económica, cultural, – títulos escolares – o social – títulos de nobleza. Esto explica la unión entre la investigación empírica sobre las clases y las teorías de la estructura social como *estratificación* descrita en el lenguaje de la distancia de los instrumentos de apropiación (“distancia del foco de los valores culturales” de Halbwachs) que Marx mismo emplea cuando habla de la “masa privada de propiedad”.
3. En algunos universos sociales, los principios de división que, como el volumen y estructura del capital, determinan la estructura del espacio social, son redoblados por principios de división relativamente independientes de las propiedades económicas o culturales, como la pertenencia étnica o religiosa. En tales casos, la distribución de los agentes aparece como el producto de la intersección de dos espacios que son parcialmente independientes: un grupo étnico situado en una posición baja en el espacio de las etnias, puede ocupar posiciones en todos los campos, aun las más altas, pero con tasas de representación superiores a las de una etnia situada en una posición superior. Cada grupo étnico puede ser caracterizado por las posiciones sociales de sus miembros, por la tasa de dispersión de esas posiciones y, en fin, por su grado de integración social a pesar de la dispersión (la solidaridad étnica puede tener como efecto el asegurar una forma de movilidad colectiva).
4. La misma cosa valdría para las relaciones entre el espacio geográfico y el espacio social. Ambos espacios no coinciden jamás por

completo, al contrario, muchas de las diferencias que son asociadas ordinariamente al efecto del espacio geográfico, por ejemplo, a la oposición entre centro y periferia, son el efecto de la distancia en el espacio social, es decir, de la distribución desigual de las diferentes especies de capital en el espacio geográfico.

5. Este *sentido de las realidades* de ninguna manera implica una *conciencia de clase* en el sentido psicosociológico, el menos irreal que se le pueda dar a ese término, es decir, una *representación explícita* de la posición ocupada en la estructura social, y los intereses colectivos que le son correlativos; y menos aún una *teoría de las clases sociales*, es decir, no solamente un sistema de clasificación fundado en principios explícitos y lógicamente controlados, sino un conocimiento riguroso de los mecanismos responsables de las distribuciones. De hecho, para terminar con la metafísica de la toma de conciencia y de la conciencia de clase, suerte de *cogito* revolucionario de la conciencia colectiva de una entidad personificada, basta con examinar las condiciones económicas y sociales que vuelven posible esta forma de distancia al presente de la práctica que supone la concepción y la formulación de una representación más o menos elaborada de un futuro colectivo. (Esto es lo que he esbozado en mi análisis de las relaciones entre la conciencia temporal y principalmente la aptitud al cálculo económico racional y la conciencia política de los trabajadores argelinos. Ver Bourdieu, 1977).
6. En este caso la producción del sentido común consiste esencialmente en reinterpretar sin cesar el tesoro común de discursos sagrados (proverbios, dichos, poemas gnómicos, etc.) para "dar un sentido más puro a las palabras de la tribu". Apropiarse las palabras en las que se encuentra depositado todo lo que reconoce un grupo, es asegurar una ventaja considerable en las luchas por el poder. Esto se ve muy bien en las luchas por la autoridad religiosa: la palabra más preciosa es la palabra sagrada y, como lo nota Gershom Scholem, las impugnaciones místicas a la tradición pueden ser "recuperadas" por la tradición, precisamente porque tienen que re-apropiarse los símbolos para poder obtener reconocimiento. Las palabras del léxico político son objeto de luchas y llevan en sí mismas la polémica bajo la forma de *polisemia* que es la marca de los usos antagonistas que han hecho o hacen grupos diferentes. Una de las estrategias más universales

de los profesionales del poder simbólico, poetas en las sociedades arcaicas, profetas, hombres políticos, consiste así en poner *el sentido común* de su lado apropiándose las palabras que están investidas de valor para todo el grupo porque ellas son las depositarias de su creencia.

7. Como Leo Spitzer ha muy bien mostrado a propósito de *Don Quijote*, en que el mismo personaje se encuentra dotado de varios nombres, la polinomasia, es decir la pluralidad de los nombres, sobrenombres, apodos, que son atribuidos al mismo agente o a la misma institución es, con la polisemia de las palabras o de las expresiones que designan los valores fundamentales de los grupos, la marca visible de las luchas por el poder de nombrar que se ejercen en el seno de todos los universos sociales (Cfr. Spitzer, 1948).
8. Franz Kafka. *El Proceso*. Premiá Editora, México, 1982.
9. El directorio francés de las "ocupaciones" es la forma realizada de ese neutralismo social que anula las diferencias constitutivas del espacio social tratando uniformemente todas las posiciones como *profesiones*, al precio de un intercambio permanente del punto de vista definicional (títulos, naturaleza de la actividad, etc.) cuando los anglosajones llaman a los médicos *profesionales*, ilustran el hecho de que esos agentes son definidos por su profesión, que es para ellos un *atributo esencial*. Por el contrario, el "acoplador de trenes" no está más que muy poco definido por ese atributo, que le designa simplemente como el ocupante de un puesto de trabajo. En cuanto al profesor asociado, es definido como un acoplador de vagones por una tarea, una actividad, pero también por un título, como el médico.
10. La entrada en las profesiones dotadas de un título está cada vez más estrechamente subordinada a la posesión de un título escolar, y la relación es estrecha entre los títulos escolares y la retribución profesional, a diferencia de lo que se observa en los oficios no titulados en que los agentes que desempeñan el mismo trabajo, pueden tener títulos escolares muy diferentes.
11. Los poseedores de un mismo título tienden a constituirse en grupo y a dotarse de organizaciones permanentes — colegio de médicos, asociaciones de ex-alumnos, etc. — destinados a asegurar la cohesión del grupo — reuniones periódicas, etc. — y a promover sus intereses materiales y simbólicos.

12. La más perfecta ilustración de este análisis puede encontrarse, gracias a los muy bellos trabajos de Robert Darnton, en la historia de la "revolución cultural" que los dominados en el seno del campo intelectual en vías de constitución, los Brissot, Mercier, Desmoulins, Herbert, Marat y tantos otros, han cumplido dentro del movimiento revolucionario (destrucción de las academias, dispersión de los salones, supresión de las pensiones, abolición de los privilegios) y que, encontrando su principio en el estatuto de "parias culturales" se ha llevado en prioridad contra los fundamentos simbólicos del poder, contribuyendo por la "político-pornografía" y los panfletos deliberadamente escatológicos, al trabajo de "des-legitimación" que es sin duda una de las dimensiones fundamentales del radicalismo revolucionario (Cfr. Darnton, 1971; sobre el caso ejemplar de Marat, de quien es poco conocido su inicial profesión y condición de un pobre físico, ver Gillispie, 1980, pp. 290-330).
13. Para un análisis parecido de la relación entre el grupo de parentesco "sobre el papel" y el grupo de parentesco práctico como "representación y voluntad", ver Bourdieu, 1972 y 1980).

Bibliografía

- Bourdieu, Pierre. *Esquisse D'une théorie de la Pratique*. Droz, Gêneve. (Trad. inglesa: *Outline of a theory of practice*, Cambridge University, 1972.
- *Le Sens Pratique*. Minuit, París, 1980.
- *Algerie'60*. Minuit, París.
(Trad. inglés en *Algeria 1960*. Cambridge University Press y Editions de la Maison des Sciences de L'Homme, 1979).
- Darnton, R. "The high enlightenment and the low-life literature, in Pre-Revolutionary France", en: *Past and Present* 51:81-115, 1971.
- Gillispie, C.C. *Science and polity in France at the end of the Old Regime*. Princeton University Press, 1980.
- Spitzer, L. "Perspectivism in Don Quijote", en: *Linguistics and Literary History*. New York, Russel & Russel, 1948.